

## Capítulo 4

### Mayor que el más grande en la tierra

([índice](#))

**Daniel 4:1-3:** Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno; su señorío, de generación en generación.

¡Un rey pagano escribiendo parte de la Biblia! Nabucodonosor proclama al mundo entero de sus días el conocimiento de las poderosas obras del Dios del cielo.

Se trata de algo que Israel debió haber hecho mucho tiempo antes, pero que no hizo. Ese relato directo y sincero de la experiencia de Nabucodonosor debió conducir a muchos al Señor. “¡Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres!” (Salmo 107:8).

No puede haber duda alguna de que lo que relata este capítulo sucedió realmente. Los pueblos de la antigüedad creían que cada nación o tribu tenía su propio dios. No era un hecho excepcional que una persona se convirtiera, pasando a adorar a otro dios. Por fin Nabucodonosor se consolida en su fe. Confiesa que el Dios de los hebreos está por sobre todos los dioses. Es el Dios “Altísimo”.

**Daniel 4:4-7:** Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio. Tuve un sueño que me espantó; tendido en la cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron.

Por esto mandé que vinieran ante mí todos los sabios de Babilonia para que me dieran la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les conté el sueño, pero no me pudieron dar su interpretación.

En el capítulo 2, los magos y astrólogos habían alegado que en caso de que el rey les revelara su sueño, ellos aportarían la interpretación. En esta ocasión el rey da a conocer su sueño, a pesar de lo cual son incapaces de revelar los secretos del cielo.

El hecho de que se los llame antes que a Daniel indica que por entonces el rey había olvidado lo que se le había enseñado en los capítulos segundo y tercero acerca del Dios verdadero. Es cierto que estaba bajo la presión propia de quien gobernaba el mayor imperio en la tierra. Aunque de corazón sincero, la fuerte presión de las riquezas, poder y honores mundanales le habían hecho recaer en la apostasía. Dios fue misericordioso y paciente en procura incesante de traer de nuevo a Nabucodonosor a la comprensión de la verdad. Es así como obra también hoy con las personas. Cuanto mejor te conozcas a ti mismo, más te sentirás como Nabucodonosor en su debilidad. No tendrás la mentalidad de “soy más santo que tú” (Isaías 65:5).

**Daniel 4:8-12:** hasta que entró ante mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo: “Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación. Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: me parecía ver en medio de la tierra un árbol cuya altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los

confines de la tierra. Su follaje era hermoso, su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él, a su sombra, se ponían las bestias del campo, en sus ramas anidaban las aves del cielo, y se mantenía de él todo ser viviente.

Nabucodonosor habría podido saber el significado de aquel sueño del árbol. De hecho, es probable que intuyera de alguna forma el significado real, tal como sugiere el versículo 19. La historia del árbol de la vida había llegado a la antigua Babilonia en forma de leyenda, como también la del árbol del conocimiento del bien y del mal. Ezequiel había predicho la caída del rey de Egipto, y ahora Nabucodonosor, el rey de Babilonia, sería el instrumento en manos del Señor para cortarlo, “**para que no se exalten en su altura todos los árboles [incluido Nabucodonosor] que crecen junto a las aguas**” (Ezequiel 31:14). Nabucodonosor debió haber aprendido de la experiencia humillante de otro “árbol” que le precedió: el faraón de Egipto. Pero lo mismo que tú y yo, el rey fue lento en aprender las lecciones del jardín de infantes en la escuela de la fe. Ahora bien, ningún maestro de tu escuela ha sido tan paciente contigo, como lo es el Señor en su escuela.

**Daniel 4:13-18:** Vi en las visiones de mi cabeza, mientras estaba en mi cama, que un vigilante y santo descendía del cielo. Clamaba fuertemente y decía así: “Derribad el árbol y cortad sus ramas, quitadle el follaje y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; que lo empape el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los

vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, que a quien él quiere lo da y sobre él constituye al más humilde de los hombres”. Yo, el rey Nabucodonosor, he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, darás su interpretación, porque ninguno entre los sabios de mi reino lo ha podido interpretar; pero tú puedes, porque habita en ti el espíritu de los dioses santos.

Nabucodonosor debió recordar que su reino no iba a perdurar por siempre. A pesar de la revelación del segundo capítulo, continuó embelleciendo Babilonia, edificándose un enorme y suntuoso palacio a fin de satisfacer su orgullo vanidoso. Habían terminado sus guerras, y ahora el mundo entero estaba a sus pies. Era suyo cualquier placer que pudiera desear. Sentía sin restricción impuesta a sus ambiciones. Pero “antes del quebranto está la soberbia, y antes de la caída, la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18). No está a tu alcance edificar palacios como el de Nabucodonosor, pero tienes tus propias ambiciones que imaginas poder conseguir sin la ayuda de Dios.

Los vigilantes y los santos citados en el texto son ángeles, “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”. ¡De ti! (Hebreos 1:13-14). Tienen un gran interés en los asuntos de esta tierra. Los diarios y noticieros nada dicen sobre ellos, pero están ministrando continuamente las necesidades espirituales de quienes eligen servir a Cristo. Los ángeles habían observado con preocupación el orgullo y dureza de corazón progresivos de Nabucodonosor. A menos que se iniciara alguna acción estaría totalmente perdido. Sabían que el monarca había llegado al punto en el que solamente la aflicción y la humillación podían ayudarle a recuperar el sentido. “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos”, dijo alguien

muy espiritual (Salmo 119:71). Así, el Señor permitió que el rey atravesara una amarga experiencia.

**Daniel 4:19-27:** Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo: —Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Beltsasar respondió y dijo: —Señor mío, el sueño sea para tus enemigos y su interpretación para los que mal te quieren. El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, cuya copa llegaba hasta el cielo, que se veía desde todos los confines de la tierra, cuyo follaje era hermoso y su fruto abundante, en el que había alimento para todos, debajo del cual vivían las bestias del campo y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra. En cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: “Cortad el árbol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo; que lo empape el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte hasta que pasen sobre él siete tiempos”, esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor, el rey: que te echarán de entre los hombres y con las bestias del campo será tu habitación, con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, después que reconozcas que es el cielo el que gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad”.

Cuando el rey relató su sueño, Daniel comprendió inmediatamente el significado. El profeta había estado orando durante años por el rey, al menos desde los eventos del segundo capítulo. Daniel comprendía que el rey exhibía muy buenos rasgos de carácter, y que su corazón era sincero en su deseo de responder al amor de Dios. Es más que probable que por entonces Daniel y el rey fueran buenos amigos.

Ahora veía cómo Dios estaba respondiendo sus oraciones. Pero a Daniel le resultaba muy difícil comunicar al rey las noticias de ese juicio terrible. El rey parecía tener el presentimiento de que había alguna mala noticia, y simpatizó con la actitud reservada de Daniel. El Espíritu Santo ya estaba hablando al rey, y este animó a Daniel a que lo dijera todo sin temor.

Así, Daniel hizo un llamamiento personal al rey. Le aseguró la voluntad de Dios respecto a perdonarle si se arrepentía de sus pecados de orgullo, y del resto de pecados típicos de un tirano de Oriente Próximo.

La advertencia impresionó por un tiempo a Nabucodonosor, pero el corazón que no ha sido transformado por la gracia de Dios olvida pronto las impresiones del Espíritu Santo. La autoindulgencia y la ambición seguían ocupando su corazón. A pesar de la instrucción llena de gracia que se le había dado, y a pesar de las advertencias de su experiencia pasada, a Nabucodonosor volvieron a dominarle los celos respecto a los reinos que habrían de seguir. Comenzó a reinar de forma coercitiva y despiadada. Habiendo endurecido su corazón, utilizó para su propia glorificación los talentos que Dios le había dado, exaltándose a sí mismo por encima de Dios, quien le había dado la vida y el poder. Es posible que alguien que lea este libro haya tenido la misma persistencia del rey en resistir la gracia del Salvador.

El juicio tardó meses en ejecutarse. El sol tenía el mismo brillo. Sus súbditos lo alagaban como de costumbre. Todo parecía ir bien. Pero en lugar de que la bondad de Dios lo llevara al arrepentimiento, el rey se volvió más orgulloso hasta perder la confianza en la interpretación del sueño y reírse de sus temores pasados.

**Daniel 4:28-33:** Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor: Al cabo de doce meses, paseando por el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?” Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: “A ti se te dice, rey Nabucodonosor: el reino te ha sido quitado; de entre los hombres te arrojarán, con las bestias del campo será tu habitación y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere”. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor: fue echado de entre los hombres, comía hierba como los bueyes y su cuerpo se empapaba del rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila y sus uñas como las de las aves.

Los arqueólogos han recuperado en las ruinas de Babilonia un escrito con las altanerías de Nabucodonosor: “Entonces edificué el palacio, sede de mi realeza, el vínculo de la raza humana, la morada del gozo y la alegría” (Cilindro de Grotfend). Hasta los propios ladrillos de la antigua Babilonia, contruidos a partir de arena, llevan la inscripción del nombre de Nabucodonosor.

David dijo: “Vi yo al impío sumamente enaltecido y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no lo hallé” (Salmo 37:35-36). Dios es misericordioso al enviarnos

adversidad cuando la necesitamos, tanto como al enviarnos prosperidad. Es la adversidad la que suele apartar nuestro corazón de las vanidades terrenales que pronto dejarán de ser, para llevarlo a apreciar las realidades celestiales que son eternas.

Los “[siete tiempos](#)” se pueden identificar con siete años (compara Daniel 7:25 con Apocalipsis 12:14 y 13:5). Durante ese tiempo Nabucodonosor estuvo afectado por una extraña enfermedad que recuerda lo que la ciencia médica llama licantropía [en clínica psiquiátrica se define como licantropía un trastorno alucinatorio caracterizado por las ideas delirantes del afectado sobre su transformación en animal: [Licantropía clínica - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)]. Uno de los primeros en observar esa enfermedad fue un médico griego del siglo IV antes de Cristo. Quien lo sufre cree haberse transformado en animal y actúa como tal. No obstante, esa forma extrema de pérdida de la razón no interfiere con la consciencia interior humana. E.B. Pusey (*Daniel the Prophet*, New York, 1891) cita el caso de Pere Surin, un ejemplo moderno de esa enfermedad.

Dios es quien nos da todo poder de raciocinio, honor y fuerzas. Cuando Dios retiró esos dones, el rey fue enteramente dejado a su propia sabiduría y honor, que demostraron ser menos que nada (Gálatas 6:3). “[El hombre que goza de honores y no entiende, es semejante a las bestias que perecen](#)” (Salmo 49:20). David confesó franca y humildemente que sin la iluminación del Espíritu Santo no era más que un necio e ignorante. “[Tan torpe era yo, que no entendía; jera como una bestia delante de ti!](#)” (Salmo 73:22). ¡Cómo contrasta esa actitud humilde, con el orgullo y autosuficiencia de Nabucodonosor en aquel punto de su vida!

Durante esos siete años la familia del rey y sus consejeros gobernaron en lugar de Nabucodonosor. El conocimiento de la

interpretación que Daniel hizo del sueño debió extenderse en el palacio, puesto que se esperó a que Nabucodonosor recuperara su razón y regresara al mando. De esa forma le fue asegurado el trono, tal como el tocón del árbol permaneció en tierra para rebrotar.

**Daniel 4:34-37:** Al fin del tiempo, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y mi razón me fue devuelta; bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre: Su dominio es sempiterno; su reino, por todas las edades. Considerados como nada son los habitantes todos de la tierra; él hace según su voluntad en el ejército del cielo y en los habitantes de la tierra; no hay quien detenga su mano y le diga: '¿Qué haces?'. En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.

“Yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo”. Si el rey hubiera hecho eso antes de perder su raciocinio, no habría sido necesario aquel severo castigo. Sólo adquirió el verdadero conocimiento cuando obedeció de corazón el consejo de Pablo en Romanos 12:3: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”. Lo mismo se aplica a nosotros. Somos de la tierra, terrenales, tal como dice Pablo (1 Corintios 15:47). Nuestros ojos miran lo bajo, están absorbidos en las cosas de este mundo, en su honor, riqueza, poder y placeres. Sólo cuando dirigimos nuestros ojos espirituales a lo alto, hacia el cielo, empezamos realmente a vivir. Entonces hemos “**pasado de muerte**

a vida” (Juan 5:24). “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:18).

Hoy ya no existe el gran Imperio político de Babilonia; no queda ni un solo ladrillo sobre otro de él. Sin embargo, la gran Babilonia espiritual, que ocupa un lugar tan prominente en las profecías de Apocalipsis, permanece como el vástago de esa raíz que crece en el corazón. Ha dado de beber a todas las naciones de la tierra el vino de sus falsas doctrinas (Apocalipsis 14:8) hasta el punto de embriagarlas. Los misterios de la adoración pagana de la antigua Babilonia se han perpetuado en ciertas iglesias modernas de la actualidad. Miles de adoradores, en todo país, están honrando inconscientemente a los dioses de la antigua Babilonia mediante ritos y ceremonias que no están fundados sobre un “así dice Jehová” en las santas Escrituras, la Biblia. Jesús dijo: “En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Mateo 15:9). Esas doctrinas falsas y engañosas son un rebrote que ha crecido a partir de aquél tocón que quedó en la tierra siglos atrás. Debemos investigar cuidadosamente para asegurarnos de que nuestra fe está basada sólo en la Biblia, y no en los mandamientos de los hombres.